

Poesía y realidad de Vicente Gerbasi PARTE I

Juan Liscano

Vicente Gerbasi —cuyo fervor poético insobornable constituye ejemplar actitud de artista en un país donde suelen éstos renunciar al Arte y traicionarse a sí mismo a los primeros embates de la cruda realidad—, Vicente Gerbasi, digo, ese poeta visionario, tierno y profundo, autor de *Vigilia de Naufrago* y de *Bosque Doliente*, acaba de darnos un nuevo poemario titulado *Liras* e integrado por nueve de aquellas composiciones métricas de antiguo abolengo castellano.

Estas *liras* están bien construidas y responden al modelo clásico que todos conocemos. Apuntamos como defecto objetivo en estos poemas de Gerbasi, cierta repetición y cierta pobreza en las rimas.

Desde el punto de vista subjetivo señalamos en algunas oportunidades imprecisión en las expresiones y tenencia a la digresión. Pero la impresión general que deja este poemario es profunda y hermosa.

Al prologar el primer libro de Gerbasi —*Vigilia del Naufrago*— Ángel Miguel Quereñel, ese gran poeta nuestro muerto prematuramente, entre muchas apreciaciones arbitrarias decía con acierto: “En Vicente Gerbasi se da el caso de fatalidad poética. No vive sino para su poesía. Nada hay antes ni después de toda cosa sino poesía”.

Responden las apreciaciones que acabo de citar a las que hice en nota breve publicada recientemente: “Cada día me voy convenciendo más y mejor de que el Arte es la forma de una fatalidad, y que por consiguiente se es artista por las malas, a la fuerza, en contra de todo y de todos y a veces en contra de uno mismo”.

“En Vicente Gerbasi se da el caso de fatalidad poética”.

Quiero poner estas palabras en el arco ligero que levante en este momento sobre el poemario de Gerbasi, arco imaginario que trazo con la mano en saludo fervoroso de compañero.

Porque un libro de poemas para mí, es una aventura del ser, un todo orgánico, una experiencia, cuando los poemas me llegan hondo, suelo tejer mi comentario en forma de jornadas, de etapas sucesivas, intuyendo en la vigilia y el secreto del poeta, paso como se efectúa un peregrinaje o un vía-crucis o como se relata una hazaña.

La experiencia de Vicente Gerbasi en este poemario, comienza en la contemplación y concluye en el amor, después de un amargo tránsito por los caminos de la realidad.

Iniciase la meditación del poeta ante El crepúsculo. No ante un crepúsculo cualquiera, cotidiano y municipal, un crepúsculo anecdótico, sino ante El Crepúsculo —Símbolo trascendido de todos los ocasos de la tierra.

Este Crepúsculo Símbolo, como la poesía de Gerbasi, tiene “vitales”, “monasterios”, “arpas de sombra”, “verdes altares” adonde el poeta va herido “de un anhelo vehemente y encendido”. Elementos europeos que intervienen en su poética y se despeñan de su ascendencia mediterránea.

Las dos primeras *liras* nos muestran al poeta detenido ante el Crepúsculo místico, encendida su alma en éxtasis. La melancolía sube de la tierra como resina de bosques milenarios “y almas intuyen —como arcano mensaje— el eco de la muerte...”.

El poniente tiene un ángel que es el propio ángel del poeta, porque la meditación crepuscular se verifica en una zona angélica, bajo el signo estelar del arpa subida al zodiaco.



Vicente Gerbasi (1913-1992) FOTO VASCO SZINETAR

Todo es paz y serenidad, música y orden, pero la noche se avecina. Viene tomada por el brazo de la Muerte cuyo rostro intacto e inmortal se agranda lentamente entre las constelaciones.

Estas dos primeras *liras* terminan con una invocación a la noche, a la noche que es “el estado primordial y el fin del hombre”.

¡Oh noche misteriosa
encantada visión de oscura
calma que siempre candorosa
al pié de eterna palma,
enciendes las estrellas en mi
alma!

Pero ya en la segunda *lira* turba la momentánea paz angélica, intuición del drama humano, drama de cadenas y de olvido, expresado magistralmente en la estrofa siguiente:

Eres tiempo profundo
Y grave y solitario y olvidado
Más lo prefiero al mundo
Del hombre encadenado
Que olvida la razón de lo creado.

Y de pronto la invocación a la noche se torna doloroso, desgarrado, grito. Grito humano. Grito de huesos y de carne que con sus filar hirientes quiebra el cristal de la hora y el diáfano cielo del éxtasis.

La contemplación se resuelve en conjuro. Y todo el maravilloso equilibrio se

rompe mientras que por los confines estelares salta la gran bestia apocalíptica y la luna, que avanza con la noche primordial, entra en el signo maléfico de Cáncer.

Que la noche me arrastre
como un leño en las aguas
(tumultuosas
de un arcano desastre,
y me entregue a luctuosas
furias roncadas de formas
(tenebrosas.

Grito despavorido, augurio de la noche que viene con la Muerte de intacto cuerpo.

Entramos en la noche cuando todavía las torres del sol sangran un mediodía de bronce y de ciudades abandonadas. Pero ya se ha hecho noche en el alma del poeta que oye venir el llanto “por los valles oscuros de la tierra”. Que oye las pisadas de las legiones, los estallidos de las granadas sobre blancas aldeas inocentes mientras “caen enamoradas —vidas adolescentes— y niños a la muerte indiferentes”, y “un huracán de moscas— baja como castigo de los celos”.

En esa hora de amarga vigilia, de tremenda comprensión, como en el rito antiguo y sabio, el rito cristiano del Vía Crucis, asciende el poeta con el “hombre solitario, bajo el peso del acero”, “a un calvario”, “calvario verdadero sin amor, sin vinagre, sin lucero”.

Es esta tercera *lira* la más bella de Gerbasi en cuanto a intensidad de sentimiento y poder de expresión.

Mézclanse sugestivamente los grandes símbolos de la tradición cristiana. El calvario es sustituido por la colina de la noche, y hecho un ecce-homo, el poeta bajo el peso de su revelación, sufre, se dobla, y su vigilia adquiere forma de ángel pensativo, de ángel junto al crucificado, ante el dolor del mundo.

Ya estamos de lleno en la experiencia del poeta, quien ahora se suma con todo su yo a cuevas del drama terrenal.

CAJÓN DE MEDALLAS

[Artículo publicado el domingo 21 de noviembre de 1943]

Poesía y realidad
de Vicente Gerbasi PARTE II

Juan Liscano

La cuarta Lira expresa su ser terrenal, ya desposeído del mito cristiano, ya desnudado de toda simbología, atento a sus voces interiores, a sus vivencias. Ahora el poeta se busca a sí mismo, se descubre, y delirante anúnciase, heraldo de su propio destino, y brinda mensajes transido de angustia a los hombres.

Dícese a sí mismo en un intento desesperado por ubicarse en el tiempo del mundo, gritase a sí mismo "cual si un hijo cayera en un abismo".

En su tránsito, a lo largo de esta experiencia profunda, el poeta se enfrenta de pronto al mundo exterior que le rodea. Sus miradas se topan con las formas de la tierra. Estamos en pleno trópico de cáncer. Invade el ego del poeta absorbido la gran vida vegetal, animal, mineral del continente americano.

Atrás quedan los muertos
Como hierro oxidado entre
(terrones...

Ahora la puma, las lianas, la serpiente, el tigre, la adormidera, el helecho, el bambú, la palmera, el búho "con su mirar de menta", la aldea que "soporta silenciosa su bíblica pobreza", las ciudades "en su rumor de sombras perseguidas", las gentes anónimas, hombres y mujeres, en un "clima de flores minerales", llaman al alma del poeta. Y éste, purificado por el fuego de su vigilia, por el martirio acoge en su ser todas las formas terribles y vivientes de este continente.

En la noche primordial de su meditación, en la noche genésica de América, el poeta se confunde con los elementos, los signos y las vidas que llenan el ámbito tropical.

Las siguientes liras -VI, VII, VIII y IX- significan lenta liberación, lenta ascensión a un mundo armonioso. Después del tránsito por su propio ser y por la realidad, después de la experiencia, de la hazaña, del *Via-Cruis*, el poeta emerge purificado, como en algún ritual órfico, apto ya para entrar en la Comarca del Amor.

Persiste en la VI lira, la dolorida comprensión del drama terrestre. El llanto, "como un salmo en lo vivido", acompaña al alma del poeta en su afán solitario. Y el alma es ahora "la noche misma en los olivos" "de un antiguo calvario". Pero ya la VII lira es toda magia y recogimiento en el seno del misterio nocturno, y en la

siguiente composición el poeta, en un movimiento armonioso de ternura, de pureza lograda a fuerza de sufrimiento y vigilia, de serenidad fraguada es el choque violento de las revelaciones sucesivas, entra en la Comarca del Amor.

La última lira de finísima esencia virgiliana y castellana, de dulce acento eglógico, cierra este poemario en el cual el poeta ha vivido una íntima experiencia.

El enigma nocturno
en nieve de violetas baja lento
a mi ser taciturno
y en silbos de oro siento
el paso del misterio por el viento.

Después de la tormenta derrámanse por el alma del poeta la dulce melodía rural con silbos de pastores, acentos de campanas entre los árboles y ruidos infinitos.

Pero el agreste y armonioso paisaje que describe Gerbasi en esta lira eminentemente bucólica, es paisaje ideal y mágico del espíritu, forma depurada del amor, tierra mística, visión irreal en los límites más limpidos del sueño humano.

La noche con sus vientos y ritmos aventa la voz del poeta en la hora transida de belleza, y como en algún mito arcaico de resurrección, el alma surge y asciende purificada, después de la agonia y la contienda terrenales.

Tal es el mensaje que Vicente Gerbasi nos brinda en este hermoso y delicado poemario. Un profundo sentimiento alienta en cada verso, en cada imagen del poema. Es menester dejarse poseer por el hechizo de la música que fluye de estos versos armoniosos. Es menester dejarse llevar por los vientos inefables que recorren este poemario. Hacia una admirable ribera amorosa nos conduce el pensamiento del poeta.

Los lectores de un libro de versos suelen cometer el grave error de querer adivinar el poema, de querer resolverlo de acuerdo con sus gustos. Niéganse por lo general a vivir la experiencia del poeta. No comprenden que un libro de poemas constituye una aventura del pensamiento, una hazaña, y señala una etapa de la vida del autor. Reclaman una anécdota y un paisaje conocido. Ante el paisaje anímico, ante la ausencia de anécdota, el lector se siente perdido e incurrir en la mediocridad de tildar el poemario de oscuro, incomprensible o vago.

Decía García Lorca en una

conferencia que diera sobre Don Luis de Góngora: "... no es oscuro en sí mismo. Los oscuros somos nosotros, que no tenemos capacidad para penetrar su inteligencia".

Esta admirable observación debe ser hecha a todos esos lectores torpes, enfáticos y pequeños, que le reclaman al poeta, que niegan la esencia íntima de la poesía y que siempre quieren que los poetas les cuenten un cuento.

La poesía nada tiene que ver con el cuento. El poeta, como muy pocos humanos, vive intensamente la vida y la muerte en el cuerpo maravilloso de su obra. La poesía -leer ignaro, público filisteo-, revela al poeta y nada más. La poesía no tiene porque cantar historietas pueriles o pornográficas, o describir paisajes o la tristeza particular, anecdótica y sonsa de una novia o un viudo. La poesía nace del poeta y significa, profundamente, el poeta ante el mundo, el cielo, Dios y la muerte.

Yo he seguido, paso a paso, en este poemario la trayectoria de Gerbasi, desde el crepúsculo hasta la aurora nocturna de su alma.

En su tremendo esfuerzo por permanecer, por perdurar, por ser, Vicente Gerbasi invoca el misterio nocturno, conjura la eternidad, el olvido, la muerte, y herido por la angustia y el dolor del mundo, angustia y dolor que no elude sino a los cuales se enfrenta, con toda dignidad y plenitud, ante el hombre encadenado -"que olvida la razón de lo creado", como en un rito antiguo y lleno de sabiduría, sube a la colina nocturna de su soledad, para dar su grito, para orar por todos los hombres del mundo, para consumir su pena en el propio dolor, y beber su vaso de sangre, como todos.

Su actitud de íntima y rica experiencia es la de un poeta. Su libro es dato fehaciente de humanidad, y por sobre el denso drama de los hombres, el mar de sangre derramada y de huesos triturados, de miseria, de hambre, de ayes, nutrida de raíces terrenales y mortales, nace y asciende su voz en una gran aspiración de amor y armonía.

Borramos el arco que hemos levantado sobre su libro, al principio de estas páginas. El tiempo se encargará de levantar sobre el cuerpo de la poesía de Vicente Gerbasi, arco perdurable y sobre éste, quizás escribirá con esas palabras de piedra que a nosotros nos faltan.